

CAPÍTULO XLIX

EL GUARDIA MARINA LLEVA Á CABO UN DESCUBRIMIENTO

Largo tiempo estuvo durmiendo Florencia. Transcurrió el día, anocheció, y Florencia, cansada de espíritu y de cuerpo, seguía durmiendo sin darse cuenta de la cama en que estaba, ni de los ruidos de la calle, ni de la luz que al otro lado de las cerradas ventanas sonreía. Mas, por grande que fuera aquel estado de inconsciencia, no bastaba para borrar de su memoria lo que había sucedido en aquella otra casa que ya no era la suya. Confusos recuerdos agitaban su dolorida mente, dejándola sumida más bien en un sopor inquieto que en un sueño reparador y tranquilo. Por esto se le humedecían sus pálidas mejillas con lágrimas que al bondadoso capitán ocasionaban mucha pena, cuando por la entreabierta puerta cuidadosamente miraba.

Descendía el sol por el horizonte, entre rojizas nubes, iluminando con sus últimos rayos las cornisas y los salientes en los chapiteles de las iglesias, atravesando, como si fueran flechas de oro, los huecos de campanarios y de torres. Luego aquellos rayos encarnados, rasando el río y la ribera, formaban como senda de fuego que iba perdiéndose hacia el mar en-

volviendo las velas de los barcos en brillante aureola.

Florencia abrió los ojos y, por un momento, miró lo que la rodeaba sin muestras de sorpresa, como si se tratara de su acostumbrado y familiar medio. Pero pronto se dió cuenta de todo y se incorporó sobresaltada.

— Hijita — preguntó el capitán tocando al mismo tiempo en la puerta, — ¿qué tal?

— ¿Es usted, querido capitán? — dijo Florencia saliendo al encuentro de Cuttle.

Contentísimo el capitán por el recibimiento de que era objeto, y más aún por el aspecto de bienestar que se reflejaba en el rostro de Florencia, la envió con su mano postiza un cariñoso beso.

— ¿Qué tal, lucero? — dijo el capitán Cuttle.

— He dormido mucho, me parece — contestó Florencia. — ¿Cuándo he venido aquí? ¿No fué ayer?

— No, mi lady joven; ha sido hoy — repuso el capitán.

— ¿No he pasado una noche? ¿Es de día? — preguntó Florencia.

— Empieza á anochecer, hija mía — dijo el capitán al mismo tiempo que abría la ventana — Mire usted.

Florencia, apoyada en el brazo del capitán, tímida y triste, y el capitán con su tósco aspecto y sin saber decir ni una palabra, permanecieron un instante bañados por el sol poniente. No dijeron ni una palabra, es cierto, pero cuando el capitán sintió el brazo de Florencia, que se apoyaba llena de emoción y de pena, comprendió de qué manera en aquel corazón se desbordaba el sentimiento.

— ¿Va mejor ahora, hijita? — preguntó el capi-

tán. — Alegría, alegría. Voy á preparar algo para comer. ¿Bajará usted sola ó debe subir el capitán Cuttle á buscarla?

Contestó Florencia que podía bajar muy bien, y en vista de esta contestación decidióse el capitán á dejarla sola, no sin preguntarse, en sus adentros, si aquel proceder se acomodaría á las leyes de la hospitalidad. Por último, bajó al comedorcito y comenzó sus tareas culinarias. Para esto se puso en mangas de camisa, pero se quedó con el sombrero de hule puesto, pues era absolutamente incapaz de dominar situaciones difíciles si aquel adminículo le faltaba.

Luego de lavarse Florencia se acercó al espejo para ajustarse un poco su cabellera suelta y abundosa. Entonces vió marcada en el pecho la acardenalada mancha de un golpe. Al instante retiró la vista; de nuevo corrieron por su rostro las lágrimas, sintiendo sensación de vergüenza y de miedo, pero no de ira contra su padre, porque le perdonaba todo. Más aún, no tenía siquiera idea de perdón, porque no cabía en su mente el tener que perdonar cosa alguna á su padre. Lo único que hacía era sustraerse á su recuerdo y á su imagen lo mismo que había huido de su lado: para ella ya no existía padre en la tierra: no tenía padre sino en el Cielo.

Qué haría, dónde viviría — pobre é inexperta muchacha — no podía determinarlo Florencia. Apenas entre sueños de su imaginación distinguía, muy lejos, algunas hermanitas á quienes ella enseñaría, que la querrían mucho y la llamarían con un nombre que no sería el de Florencia: las veía crecer, ser felices, casarse y pensar en su aya, que ya sería vieja, para encargarla de educar á sus hijas. Y pensaba después en que sería muy singular y triste verse anciana,

con el cabello blanco, llevarse su secreto á la tumba, cuando ya Florencia Dombey no existiese. Pero todo esto no lo veía sino confusamente y muy á lo lejos: lo único que positivamente advertía era que se encontraba sola en el mundo.

Consistía su capital en algunas guineas. Con esto necesitaba comprarse ropa, pues no tenía más que la puesta. Hallábase demasiado desconsolada para pensar que duraría muy poco aquel dinero — era, además, muy niña para preocuparse con estas materias. Procuró calmarse, trató de serenar su rostro, hizo cuanto pudo para imaginarse que los hechos acabados de suceder eran ya remotos y, en fin, bajó al comedorcito donde la esperaba su amigo y protector.

El capitán había puesto cuidadosamente el mantel. A la sazón estaba ocupado en hacer una salsa de huevos, sin perjuicio de vigilar el asado de un pollo, colgado de un bramante, encima de la lumbre, en la chimenea. Después de acomodar á Florencia en el sofá, entre unos almohadones, para que estuviera con la mayor comodidad, volvió el capitán á sus ocupaciones culinarias, calentando otra cacerola, poniendo patatas á cocer en otro cacharro, sin prescindir de la salsa de huevos ni del asado, atendiendo á todo con la mayor imparcialidad y con equitativa división de tiempo. Aún más: en una sartencita silbaban y espumaban haciendo ruido musical unas cuantas salchichas. No se vió nunca un cocinero más radiante en el ejercicio de sus funciones: difícil hubiera sido determinar si era la cara del capitán ó el sombrero de hule lo que aparecía más brillante.

Cuando ya estuvo preparada la comida, el capitán Cuttle sirvió los platos con tanta destreza como la

revelada en las operaciones de cocina. Vistióse para sentarse á la mesa, es decir, se puso la casaca y se quitó el sombrero de hule. Acercó la mesa al sofá, para que no se molestase Florencia, rezó el *benedicite*, atornilló en su mano postiza el tenedor y se dispuso á hacer los honores del banquete.

— Mi lady joven — dijo el capitán — ánimo y trate de comer un poquito. Firme, hija mía. Tome usted esta alita. Aquí está la salsa. Una salchicha. Patatas.

Y diciendo esto iba poniendo el capitán simétricamente en un plato los manjares que enumeraba. Luego echó, con la famosa cuchara, un poco de jugo caliente por encima y acercó el plato á su invitada.

— Todo está cerrado — añadió el capitán para tranquilizar á Florencia. — Nadie nos puede molestar.

Escoja un pedacito. Si Wálter estuviese aquí...

— Ah! sí; si yo tuviese aquí á mi hermano! — exclamó Florencia.

— Tenga usted valor, hija mía — dijo el capitán. — Hágalo usted por mí. Era un sincero amigo ¿verdad?

Florencia, sin encontrar otras palabras para contestar exclamó:

— ¡Oh, querido, querido Pablo! ¡Oh Wálter!

— Hasta el mismo suelo — murmuró el capitán mirando la afligida cara de Florencia — por donde ella había pisado, era objeto del cariño de Wálter, de igual modo que el ciervo se deleita en el arroyo, sin saciar su sed nunca. Aún estoy viéndole, el día en que comenzó sus servicios en el escritorio de Dombey. Aún le veo ponerse colorado al hablar de ella. Sí, sí, hija mía; si estuviera aquí el pobre Wálter...

Pero no puede ser ¿verdad? porque... porque se ha ahogado.

Florencia movió la cabeza afirmativamente.

— Porque se ha ahogado — prosiguió el capitán, dulcemente. — Pero si se encontrara aquí la rogaría, estoy seguro de que la rogaría á usted, hijita, que comiera algo y que cuidara de su salud. Por consiguiente, no se desanime á causa de Wálter y tenga bríos para dar cara al viento.

Florencia, por complacer al capitán, trató de probar un bocadito. En tanto, el mismo capitán como si no se acordara de comer dejó el tenedor y cuchillo y separando la silla de la mesa se aproximó al sofá.

— Wálter era un apuesto muchacho ¿verdad? — dijo el capitán después de rascarse la barbilla un momento, mirando fijamente á Florencia — era un buen muchacho, un chico animoso ¿verdad?

Florencia asintió sollozando.

— Y se ha ahogado ¿verdad? — añadió el capitán con voz suave.

Florencia contestó que sí, con la cabeza.

— Era mayor que usted, mi lady joven — prosiguió el capitán — pero, en fin, usted y él eran dos criaturas ¿verdad?

Florencia repitió que sí.

— Y Wálter se ha ahogado. ¿No es verdad?

Curioso modo de consuelo era este de repetir lo de ahogado; pero sin duda le parecía oportunísimo al capitán, puesto que tanto lo empleaba. Florencia, que no podía comer, apartó el plato y se recostó en el sofá. Agradecida al capitán, deseosa de manifestarle cuánto sentía aquellas contrariedades de que ella era la causa, le dió la mano: el capitán retuvo aquella mano y siguió murmurando á intervalos con

acento de simpatía: « ¡Pobre Wálter! Se ahogó ¿ no es cierto? » Y esperaba la contestación siempre como si ésta constituyese un punto esencialísimo en aquellas singulares reflexiones.

Ya estaban fríos el pollo y las salchichas y el jugo y la salsa de huevos hechos un queso, cuando se acordó el capitán de que aún no había comido: entonces se precipitó, juntamente con Diógenes, contra los manjares y así, entre ambos despachóse pronto el banquete. Quedó encantado el capitán al ver cómo Florencia, aplicándose como mujer hacendosa, se ponía á quitar la mesa, á poner en orden los muebles, á barrer la chimenea — no obstante la oposición del capitán á que se ocupara en tales menesteres. El encanto fué aumentando por grados hasta que, al fin, quedóse el capitán como atónito, sin acertar á hacer cosa alguna, mirando á Florencia lo mismo que hubiera contemplado á un hada; la raya roja de su frente resplandecía con inexpressable admiración.

Pero cuando Florencia cogiendo la pipa de encima de la chimenea se la entregó al marino diciéndole que no se privara de fumar, quedóse Cuttle deliciosamente sorprendido. Después, cuando Florencia se dirigió al aparador, sacó una botella y confeccionó un sabroso grog en transparente vaso, el capitán se puso pálido en fuerza de estar emocionado. Por último, cuando el capitán Cuttle cargó la pipa, absorto en su satisfacción, Florencia se apresuró á darle lumbre antes de que el capitán se hiciera cargo del propósito y no lo consintiera. Entonces volvió Florencia á ocupar su asiento en el viejo sofá contemplando sonriente á su protector y soportando bravamente el humo de la pipa que se le agarraba á

la garganta y la penetraba por los ojos haciéndola toser y llorar.

Sin duda pensaba el capitán que la causa de aquellas tos y de aquellas lágrimas estaba en el fondo de la pipa: miró si había alguna cosa en ella, no advirtió nada en el tabaco, sopló y se puso á fumar de nuevo quedándose en el estado de beatitud que caracteriza al fumador de raza. De cuando en cuando apartaba la pipa de los labios, dando salida, por mesuradas bocanadas á una nube de humo en la cual parecía destacarse un letrero en que se leía: « ¡Pobre Wálter! Se ahogó ¿ verdad? » Y luego seguía, continuaba fumando con delectación infinita.

Nada más notable que el contraste entre la juventud y la belleza de Florencia y la rudeza del capitán que había dado cara á tantos temporales. Y sin embargo, había entre ambos un punto de grande semejanza, que era su desconocimiento del mundo, de sus inquietudes y peligros. Ni un niño podía superar al capitán en inexperiencia de todo lo que no fuese viento y agua, ni en sencillez, credulidad y generosa confianza. Fe, Esperanza y Caridad, eran las tres virtudes que regían la naturaleza de aquél carácter, en el cual también se abría camino un especial romanticismo, no nacido de la imaginación ni sujeto á consideraciones de prudencia y de práctica mundanales, sino perfectamente incorpóreo. Sentado el capitán y fumando miraba á Florencia, representándosele en la mente Dios sabe qué imposibles cuadros cuya principal figura era la joven. También ella, con vaguedad é incertidumbre miraba al horizonte lejano, pareciéndola distinguir un arco iris á través de las lágrimas que aún humedecían sus ojos. Una princesa encantada, un bondadoso endriago, tales como suelen pin-

tarse en las leyendas, sentados al lado del hogar, no se hubieran diferenciado mucho de Florencia y del capitán en aquellos momentos.

No le inquietaba al capitán, de ningún modo la idea de si habría dificultad en que continuara Florencia en su casa, de si incurriría en alguna responsabilidad por ello. Puestas las maderas por fuera y cerrada la puerta por dentro, estaba bien tranquilo, lo mismo que si hubiera sido tutor, nombrado por la chancillería, de Florencia. No era hombre á propósito para alterarse por consideraciones de este orden.

Por consiguiente, fumaba el capitán su pipa con la mayor comodidad, soñando, al mismo tiempo que Florencia y cada uno á su manera. Agotada la pipa llegó el turno del te y luego rogó Florencia al capitán que la acompañase á alguna tienda de las inmediaciones para comprar diversas cosas que necesitaba con urgencia. Como ya era casi de noche accedió el capitán á la salida, si bien antes de lanzarse á la calle juzgó prudente llevar á cabo un minucioso reconocimiento del terreno, lo mismo que en sus tiempos de defensa contra mistress Mac Stinger. Luego cogió un bastón, bien gordo, por si era necesario emplear esta arma en circunstancias imprevistas.

Grande era la satisfacción que revelaba el capitán al acompañar á Florencia, dándola el brazo y mirando á derecha é izquierda con extremada vigilancia que llamaba la atención de los transeuntes. Cuando llegaron á la tienda que se habían propuesto como lugar para las compras, entraron ambos; pero el capitán creyó que era correcto dejar sola á Florencia, de manera que hiciera sus adquisiciones del modo que gustase. Sin embargo, antes de salir á la calle se acercó dignamente al mostrador y advirtió á

la señora encargada de la venta que en aquella caja (deposító su famoso cofrecillo) había catorce libras y dos chelines y que si las compras que iba á hacer su sobrina — al pronunciar la palabra *sobrina* dirigió una mirada á Florencia acompañada de una seña expresiva de sagacidad y de misterio — excedían de dicha suma no tenía más que avisarle y añadiría lo que hiciera falta. Entonces y como por casualidad sacó el reloj para ver la hora, en realidad para exhibirlo dando alta idea de su riqueza y hecho esto saludó con la mano postiza y se salió á la calle. Allí se estuvo, mirando á cada paso por entre las madejas y cintas del escaparate, no fuera que alguien la arrebatase y se la llevara por alguna puerta misteriosa.

— Querido capitán — dijo Florencia saliendo de la tienda con un paquetito que, por lo reducido, sorprendió al capitán, quien esperaba ver salir á Florencia seguida de un mozo cargado con un fardo: — no tengo necesidad de ese dinero: no he gastado nada de él; me queda del mío.

— Mi lady joven — contestó el capitán mirando en dirección recta por la calle — ¿quiere usted hacerme el favor de guardarlo hasta que se lo pida?

— Será mejor dejarlo en su sitio — contestó Florencia.

Aunque no muy satisfecho de la contestación, el capitán repuso:

— Bueno, bueno, póngalo usted donde le parezca y así sabrá dónde encontrarlo. Por mi parte, yo no lo necesito; es extraño que no lo haya tirado antes.

Por un momento se quedó el capitán muy desanimado, pero revivió al cogerse de su brazo Florencia; así, y con iguales precauciones que á la ida, regresaron ambos á la tienda. El capitán abrió la puerta

de la cámara del guardia marina y entró con una presteza que sólo una dilatada práctica podía haberle dado. Mientras por la mañana había estado durmiendo Florencia, se ocupó el capitán en la busca de una sirvienta. Y, en efecto, la hija de una mujer de edad que bajo un grande quitasol azul vendía aves en el mercado de Leadenhall, aceptó el encargo de arreglar la habitación de Florencia y ponerse á las órdenes de ésta para lo que necesitase. Desde que la criada entró en la casa todo revistió un aspecto ordenado, ya que no elegante, como en aquella casa horrible abandonada por Florencia.

Cuando volvieron á encontrarse solos instó á Florencia el capitán para que comiese una tajadita de asado y bebiese un vaso de vino con canela y especias (que el capitán sabía preparar á la perfección). Y luego, animándola con palabras y citas que de la Escritura se le ocurrían, sin pensar si venían ó no á cuento, la acompañó hasta su cuarto de dormir. Pero alguna idea tenía preocupado al capitán; se le conocía en sus maneras.

— Buenas noches, hijita — dijo el capitán Cuttle despidiéndose desde la puerta.

Florencia le saludó cariñosamente, besándole.

En otro momento cualquiera el capitán se hubiera mostrado muy sensible á esta demostración de afecto; pero en aquella circunstancia se quedó como distraído pensando en algo que le abstraía.

— ¡Pobre Wálter! — exclamó el capitán.

— ¡Pobre, pobre Wálter! — suspiró Florencia.

— Ahogado, ¿verdad? — repuso Cuttle.

Florencia movió la cabeza afirmativamente.

— Buenas noches, mi lady joven — dijo el capitán dando la mano á Florencia.

— Guárdele Dios, querido amigo.

Pero el capitán no se iba.

— ¿Ocurre algo, querido capitán Cuttle? — preguntó Florencia alarmada. — ¿Tiene usted algo que decirme?

— ¿Que decirle? — repuso el capitán confuso. — No, no. ¿Qué podría decirle? No esperará usted, me parece, que diga yo nada de bueno.

— No — dijo Florencia moviendo triste la cabeza.

El capitán miró fijamente á Florencia, repitió maquinalmente «no», pero siguió tan confuso y tan quieto. Al cabo de un instante añadió:

— ¡Pobre Wálter! Mi Wálter, como yo le llamaba. ¡Pobre sobrino del viejo Sol! Tanto me gustaba verle como me gusta ver las flores de mayo. ¿Qué habrá sido de este bravo muchacho? Ahogado, ¿no es verdad?

Terminadas estas explicaciones volvió á dar el capitán las buenas noches y bajó mientras Florencia le alumbraba desde lo alto de la escalera. Entró en la oscuridad, llegó al comedorcito, según el ruido de sus pasos indicaba, cuando de pronto se volvió atrás y reapareció al pie de la escalera.

— Ahogado, ¿no es verdad? — dijo con lastimero tono.

Y como no tenía más que añadir, volvió á marcharse, esta vez positivamente.

Mucho sentía Florencia el que su estancia en aquella casa fuera motivo de despertar en la mente de su protector aquel recuerdo tenaz y doloroso de Wálter. Sentóse al lado de la mesa donde el capitán había puesto la ordenada formación del antejo, el libro de versos y las demás rarezas, y allí dióse á pensar en Wálter, en recordar los tristes acontecimientos que